

Kate
Russo

SUPERHOST

Traducido del inglés por Maia Figueroa Evans

Título original: *Superhost*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 Kate Russo

El derecho de Kate Russo a ser identificada como la autora de esta obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

© de la traducción: Maia Figueroa Evans, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-234-4

Depósito legal: M. 7.315-2021

Printed in Spain

Para Tom

Los demonios que te atrapen

En la jerarquía de las manchas de la ropa de cama, la sangre ocupa el primer puesto. Y, aunque todo el mundo cree que el semen es peor, se equivoca. La culpa es de aquella serie tan exitosa en la que unos inspectores alumbraban una habitación de hotel con una luz ultravioleta y todo se iluminaba con un amarillo fluorescente que indicaba los fluidos corporales que había por toda la sábana. Desde entonces, los clientes de los hoteles apartan el cubrecamas porque dan por sentado que estará lleno de corridas de cualquier desconocido. Y es posible que así sea; por ese motivo, en la casa de cuatro dormitorios que Bennett Driscoll alquila por días, prefiere usar edredones con fundas intercambiables. Un poco de jabón, agua caliente y un centrifugado riguroso bastan para deshacerse de cualquier rastro de virilidad que haya en las fundas. Las manchas que de verdad suponen un problema son las que se detectan a simple vista: cuando Bennett aparta el edredón el día que salen sus huéspedes, lo que más teme encontrar es sangre.

«Joder...»

Ahí están, en mitad de la sábana bajera. Son un par de gotas, nada más; pero las sábanas de Bennett son de un blanco tan radiante que las gotas resaltan como una bufanda roja abandonada en la nieve. Para quitarlas le hará falta lejía

y frotar mucho. Hace poco ha comprado un cepillo de uñas o, según el uso que piensa darle, el cepillo de la sangre, para combatir con él las manchas más difíciles. Al principio tiraba a la basura las sábanas con marcas visibles y compraba otras, pero ya hace un año que pone en alquiler a través de AirBed su casa de un barrio residencial de Londres y ha tirado cinco juegos de sábanas que aún podrían haberse usado sin problema. La lejía es más barata. Levanta las esquinas de la bajera y la hace una bola en el centro de la cama. Si la mancha ha traspasado al protector del colchón, tendrá el doble de trabajo.

«Maldita sea...»

Hace poco le otorgaron el estatus de *superhost* en la página web de AirBed, un honor que se ha ganado por su índice de respuestas rápidas y por las excelentes críticas que recibe. A pesar de que nunca había aspirado a ser anfitrión, mentiría si dijese que esa medallita que aparece junto a su fotografía no lo llena de orgullo. Hasta hace dos años, Bennett se dedicaba al arte a tiempo completo y jamás titubeaba al responder la pregunta «¿A qué te dedicas?». De hecho, nadie tenía que preguntárselo: era el conocido pintor Bennett Driscoll. Todo el mundo lo sabía. Bueno, tal vez todo el mundo no, pero las personas suficientes como para no tener que molestarse en alquilarles su casa a los turistas. Por desgracia, las cosas cambian, y los gustos, también. Antes, todo lo que pintaba se vendía y en 2002 había una lista de espera. Pero ahora, dieciséis años más tarde, en su almacén se acumulan más de cien cuadros. Su última exposición en solitario fue en 2013, de la que el crítico del *Guardian* escribió: «A Driscoll le importan tan poco las últimas tendencias de la pintura que uno se pregunta si acaso le presta alguna atención al mundo del arte contemporáneo». Eso lo cabreó, más que nada porque era verdad. Sin embargo, ahora

sabe que una crítica mala es mejor que no tener ninguna. Desde que los críticos de arte no reseñan su obra, Bennett estudia con atención todos los comentarios de AirBed como si fueran el *Sunday Times* y los peina buscando nuevos matices sobre sus capacidades como anfitrión. En general, son del estilo: «Bennett ha sido un anfitrión acogedor y gentil», «Bennett nos ha ayudado mucho», «Bennett tiene una casa preciosa» y «La próxima vez que visite Londres volveré a alojarme en casa de Bennett». No tienen la calidad del *Times*, pero aun así es agradable recibir críticas favorables. Bueno, es agradable recibir críticas, a secas. De vez en cuando se pregunta si su exmujer, Eliza, entra en la página de AirBed para leerlas. Lo más seguro es que no. Hace un año se marchó a Estados Unidos a vivir con un inversor de fondos de alto riesgo que se llama Jeff y se llevó con ella el salario de su empleo en la industria editorial, que, hasta el momento del divorcio, era con lo que cubrían las facturas. Fue entonces cuando Bennett decidió irse a vivir al estudio que tiene al fondo del jardín y poner la casa familiar en AirBed. Cree que el estatus de *superhost* no impresionaría a Eliza: casi nada la impresiona. Pero a él le gustaría mucho que alguien escribiera: «Bennett tiene una casa muy bonita. Ha sido el anfitrión perfecto. Mejor dicho, el hombre perfecto. Apasionante, interesante y atractivo a partes iguales. Sería el marido perfecto. Le compré varios cuadros porque estoy convencida de que son el *summum* del arte contemporáneo». Sin embargo, de momento no ha habido suerte.

Al salir al pasillo desde el dormitorio, desde el otro extremo de la casa se oye el bombo distante de una canción de hip-hop. Bennett baja el montón de sábanas por la amplia escalera, cuidándose de mirar por un lateral para ver por dónde pisa.

A medida que cruza el espacio diáfano de la planta baja, la música se oye cada vez más alto. Canta confiado, aunque no se ve del todo capaz de rapear la letra. Las palabras le salen de manera melódica y cada una dura un milisegundo más de lo que debería. Descubrió el rap más o menos cuando empezó a alquilar la casa, en la misma época en la que Eliza se marchó. Aunque habría sido incapaz de nombrar una sola canción, ella afirmaba que odiaba el hiphop.

La noche que descubrió al rapero Roots Manuva había salido a cenar con su hija. Estaban en un restaurante de moda en el barrio de Shoreditch, un sitio de los que afirman servir comida callejera, pero con la comodidad de sentarse en el interior. Ni que decir tiene que la música estaba demasiado alta; se había dado cuenta, aunque Eliza no estuviera allí para señalarlo. Tenía que gritar para que lo oyesen, cosa que le costaba, teniendo en cuenta que la tarea en cuestión era explicarle a Mia el motivo por el que su madre acababa de largarse a Nueva York. En un momento dado, Mia, que necesitaba recobrar la compostura, se marchó al baño. La idea de que su hija estuviera llorando sola en un cubículo lo horrorizaba, pero esperó con paciencia y resistió el impulso de entrar en el baño de señoras para ver cómo estaba. En ese momento, él era una de las pocas personas de la Tierra para las que el móvil no era el método más evidente de distracción. ¿Para qué sacar el teléfono sino para hacer una llamada? Pero como necesitaba distraerse con algo, se puso a escuchar la música del restaurante con mucha atención.

El capataz se ha cargado el chisme biónico.

Diez pintas a velocidad de vértigo.

*Todo el día tirados, y dicen que no es productivo,
pero eso depende de los demonios que te atrapen.*

No tenía ni idea de qué era un «chisme biónico» (y sigue sin saberlo), pero eso de «todo el día tirados» y «los demonios que te atrapen» le había calado hondo.

«No puedo seguir parada aquí contigo», le había dicho Eliza dos semanas antes. Desde entonces, ella le había presentado los papeles del divorcio, y ahora él hacía lo que podía por explicarle a su hija de dieciocho años algo que ni siquiera él comprendía. ¿Llevaba veinte años parado sin avanzar y no se había dado cuenta? Durante todo su matrimonio, él creía que era de fiar, un buen padre y marido. Eso es lo que las mujeres quieren, ¿no? Fiabilidad. O no. Debería preguntarles a ellas lo que quieren, no darlo por sentado. Eliza siempre se lo recordaba. Su propio padre había sido de todo menos fiable. Bueno, eso no era del todo cierto porque podías confiar en que estaría borracho todo el tiempo; era un hombre desdichado a quien solo lo alegraba enumerar todos los agravios que le habías hecho. Bennett era feliz, o eso creía él. Le encantaba ser artista. Quería a Eliza y a Mia con todo su corazón. ¿Por qué no iba a quedarse parado? ¿Adónde podría haber querido ir? Sin embargo, según Eliza, estaba atrapado. «Los demonios que te atrapen.» ¿Qué demonios le habían destrozado el matrimonio y por qué no se había percatado de ellos? Eso era lo que sopesaba cuando Mia regresó a la mesa.

—¿Qué canción es esta? —le preguntó.

Como admiradora irreductible de Father John Misty, se encogió de hombros sin saber la respuesta y se sentó.

—Disculpa. —Bennett paró a una camarera que llevaba apresurada un plato de mazorcas mexicanas a la brasa—. ¿Puedes decirme qué canción es esta?

Mia, avergonzada, enterró la cara en las manos.

—Roots Manuva, *Witness* —contestó la chica con un tono que insinuaba que debería haberlo sabido.

Bennett sacó el cuaderno negro que llevaba en el bolsillo de la americana y escribió: «Rus Maniuba Witness». No tenía ni idea de cuál de las tres palabras era el artista y cuál la canción, pero ya lo buscaría en Google.

Cuando se despidieron con un abrazo al final de la velada, Mia rompió a llorar. Se había ido de casa el mes anterior, pero le dijo que volvería para hacerle compañía.

—No, no pienso dejarte —contestó él abrazándola fuerte—. Además, sin los ingresos de tu madre, tendré que poner la casa en AirBed.

Eso la hizo llorar aún más, y él se sintió todavía más culpable. Aunque estuviera atrapado, no podía dejar que Mia se quedase varada con él.

Esa noche llegó a casa y compró *Witness*, de Roots Manuwa, en iTunes. Se la puso veinte veces seguidas antes de irse a la cama.

La música se atenúa en cuanto llega al lavadero, un anexo de la cocina donde hay una lavadora y una secadora enormes, al estilo estadounidense. Hace diez años, cuando Eliza pidió los electrodomésticos en John Lewis, Bennett pensó que estaba loca. ¡El impacto medioambiental de esos putos cacharros sería inmenso! Pero a Eliza le encantaba vivir como si fuera una americana en Londres. Casa grande. Coche grande. Lavadora y secadora la hostia de grandes. «En Estados Unidos saben lo que es comodidad —decía—. Allí no les gusta sufrir.» Estaba convencida desde hacía tiempo de que el modo preferido de Bennett era la tristeza. Y no solo la de él, sino la de los hombres británicos en general. Esas sandeces autocríticas de los noventa con el pelo lacio a lo Hugh Grant habían calado en sus psiques y el daño que les habían hecho a todos era irreparable. Sin embargo, a la larga, el coche, la casa, la

lavadora y la secadora dejaron de ser suficientes. Eliza necesitaba un hombre estadounidense.

Bennett estira la sábana encima de la secadora. Después de bajar una botella de lejía del estante superior, vierte un poco sobre la mancha. Coge el cepillo de la sangre, adopta la postura adecuada echando un pie atrás para conseguir mejor tracción y la secadora se sacude atrás y adelante mientras él frota y unos cuantos mechones le tapan los ojos. Tiene suerte de no haber perdido mucho pelo, aunque empieza a clarear por la coronilla. Su solución es peinárselo hacia atrás y le basta con un poco de gomina para mantenerlo en su sitio. A Eliza le resultaba pegajosa, y a Bennett le satisface saber que Jeff, el nuevo novio, no tiene ni rastro de pelo y el brillo de su calva va a juego con el de los tejidos de sus trajes hechos a medida. «Capullo.»

Deja de frotar para ver cómo progresa. Casi ni se nota la diferencia. Se pone a ello de nuevo y dobla más la rodilla delantera para acercarse mejor al enemigo número uno. Enfascado en la tarea, se sobresalta cuando empieza a sonarle el móvil en el bolsillo delantero de los vaqueros.

—¡Mia! ¡Hola, cariño!

Estos días le cuesta más de lo habitual controlar los vaivenes del corazón.

—Vienes esta noche, ¿verdad? —canturrea ella, directa al grano.

—Claro que sí. —Continúa dándole a la mancha con la mano libre—. Cuando reciba a una huésped voy para allá.

—Hmm. Vale.

No es ningún secreto que Mia no está de acuerdo con que la casa en la que creció aparezca en AirBed.

—Llega a las cuatro. Le doy las llaves y pillo el metro. Podría estar allí sobre las cinco y media, ¿te parece bien?

—Sí, me va bien.

—Tengo muchas ganas de ver tus cuadros.

—Esta mañana me han hecho una buena crítica.

—¡Genial!

No puede evitar una radiante sonrisa de orgullo.

—Pero el tutor les ha dicho a todos los del taller que mi padre es Bennett Driscoll. Menudo gilipollas.

—Tampoco es para tanto.

—No quiero beneficiarme de tu éxito.

—Estoy limpiando manchas de sangre de unas sábanas. ¿Es ese el «éxito» al que te refieres?

—¡Qué asco, papá! Si les cuentas eso a mis compañeros, te mato.

Él sonrío de oreja a oreja. Hace tiempo que horrorizar a su hija se convirtió en uno de sus más grandes placeres. A sus diecinueve años, hacerla rabiar como una condenada es más fácil que nunca. ¿Por qué le confiaría Bennett Driscoll a un puñado de capullos de la Facultad de Bellas Artes que alquila su casa a través de AirBed? ¿Hay algo peor que admitir que sus cuadros ya no se venden? Preferiría ver a Eliza acostándose con Jeff. Aunque, pensándolo bien, mejor no.

—¿Me dejas que te lleve luego a cenar? —le pregunta.

—¿Puedo invitar a Gemma y a Richard?

«No. No. No. No.»

—Claro que sí, cariño. A quien tú quieras.

La siguiente huésped es Alicia, una joven de Nueva York. Al principio le había dicho que viajaría con un grupo de amigos, cosa que a Bennett le dio que pensar. Prefiere a las familias, pero la foto del perfil de Alicia, en la que posa sonriente delante del puente de Brooklyn, deja ver cierta ingenuidad que le da confianza. Hace un mes, cuando reservó la casa, le dijo que la acompañarían entre tres y cinco

amigos, que aún no estaba segura de cuántos. Bennett le había explicado que en la casa podían dormir seis personas con comodidad, pero que por favor no fuesen más de ocho. No será un problema, escribió ella dos días antes de la llegada y anunció que al final llegaría sola. Él no quiso fisgonear, pero ¿qué hacía una joven de veintipico sola en aquella casa grande de un barrio de Londres? Su tamaño era más que suficiente para tres, pero para uno era enorme. Él lo sabía de sobra.

El primer día, cuando cayó en la cuenta de que Eliza y Mia se habían ido para siempre, el silencio le resultó insoportable. Ahora el hiphop lo sigue por toda la casa como si fuera su séquito y camufla su soledad. La noche que escuchó *Witness* veinte veces seguidas, después se sintió un poco tonto. Bennett sospechaba que Roots Manuva rapeaba sobre algo que tenía que ver con injusticias raciales y que él no debía identificar esos demonios con los suyos, pero no podía evitarlo. Le encantaba la urgencia de la canción y no tardó en ser propietario de todo el repertorio del rapero. El Bennett de antes había sido más de Billy Bragg. Admirador de Jeff Buckley. De toda esa «autocomplacencia nostálgica y deprimente», como lo llamaba Eliza. Pruebas musicales de que él jamás cambiaría. Había pasado toda la vida esquivando las cosas que «no eran para él» y cumpliendo de manera diligente con el perfil de gustos respetables del hombre blanco de clase media. Pero ahora ha decidido que ceñirse a lo estipulado es una tontería. Ahora intenta que nada le importe un culo (una modalidad diferente que le enseñó Mia de la típica frase), pero en realidad todo le importa muchos culos. Sin duda, una cantidad de culos debilitadora. Ni siquiera consigue armarse del valor suficiente para contarle a nadie aparte de a Mia (¿hay alguien más que Mia?) que desde hace un tiempo está obsesionado con el rapero. ¿Qué pensarían? ¿Es su recién descubierto

amor por el hiphop un «que te den» dedicado a Eliza? Él se dice que no, que es más que eso, pero... sí, bueno, más o menos.

Cuanto mayor se hace, más difícil le resulta vivir en el presente, como Eliza quería que hiciese. El pasado es demasiado vasto para no hacerle caso y el presente está demasiado cerca, como cuando te examinas los poros en un espejo de aumento. El año pasado, la galería que lo representaba desde hacía treinta años le insinuó que les sería más valioso cuando estuviera muerto. La Galería Libby Foster empezó a representarlo en 1988, justo después de que se graduase en el Royal College of Art, pero a lo largo de la última década las ventas han menguado. Libby insistió en que no era solo él: muchos artistas sufrían por culpa de la recesión económica. Justo antes de que Eliza se marchase, le llegó una carta de Libby por correo postal.

Querido Bennett:

Sentimos informarte de que, tras mucha consideración, la galería ha decidido no seguir representando a artistas vivos. Teniendo en cuenta que el coste de los alquileres en Londres está en alza, ha llegado la hora de que renunciemos a nuestro espacio formal de exposición y nos centremos en representar el patrimonio de William Warren, Christopher Gray y Tyson Allen Stewart en el mercado de las ferias de arte.

Llamó a Libby de inmediato.

—Has recibido la carta —respondió ella—. Me encanta tu trabajo, Bennett. Tú lo sabes. Pero es que no se vende, al menos ahora. Si en un futuro vuelve a llamar la atención, nos interesaría gestionar tu patrimonio.

—¿Os interesará representarme estando muerto? —quiso aclarar él.